



“Lázaro Cárdenas”

p. 171-184

*Los orígenes del partido único en México*

Alejandra Lajous

2da. edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1981

270 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 11)

ISBN 968-58-2608-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/170a/partido-unico.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## CAPÍTULO CUARTO

### LÁZARO CÁRDENAS

#### *La debilidad del Maximato*

En la Segunda Convención Nacional del Partido Nacional Revolucionario fue postulada oficialmente la candidatura presidencial del general Lázaro Cárdenas. Esto ocurrió en diciembre de 1933, durante la administración del general Abelardo L. Rodríguez y en el periodo histórico de apogeo de la jefatura máxima, es decir, cuando aparentemente el general Plutarco Elías Calles controlaba con mayor destreza los movimientos políticos del país y cuando la élite política se volcaba en un exagerado culto a la personalidad de su jefe.

El triunfo de la precandidatura de Cárdenas sobre otras precandidaturas más estrechamente vinculadas a Calles, como la de Manuel Pérez Treviño, resulta, en retrospectiva, sorprendente para muchos.

La claridad con que años después son observados los acontecimientos históricos confunde al que los estudia, sobre todo si se piensa que, en el momento en que ocurrieron, fueron igualmente evidentes. Conociendo las consecuencias, el historiador trabaja siempre prejuiciado en la búsqueda de sus orígenes, tratando de encontrar en los hechos anteriores implicaciones que necesariamente conduzcan al resultado conocido. Al dar una explicación congruente sobre hechos pasados, el historiador destruye necesariamente el momento histórico, en sí mismo complejo y confuso. Así pues, juzgar la aceptación de la candidatura de Cárdenas como una simple torpeza de Calles es negar la complejidad histórica.

Los profundos cambios sufridos por el sistema político durante el periodo 1928-1933 fueron difícilmente entendidos en toda su amplitud por quienes los vivieron, y aun por quienes los idearon y llevaron a sus últimas consecuencias. Las decisiones que encierran grandes cambios políticos sólo pueden ser tomadas por quienes están en el pináculo del poder, y quienes allí se encuentran viven bajo graves presiones que, por su naturaleza, son variables. Como resultado del solo instinto de supervivencia son atacados los problemas más graves o, si se prefiere, se atacan siempre los más urgentes para conservarse en el poder.

El año de 1928 fue crítico. El asesinato del presidente electo propició que saliese a la luz, con gran claridad, el problema de la fragmentación del poder político. La estabilidad política dependía, directamente, de la capacidad que el gobierno de Calles y los gobiernos posteriores mostrasen para coordinar y centralizar las políticas de los diversos grupos del poder.

Los obstáculos eran grandes, pues como ya hemos indicado, la élite política lo era también militar y, por ello, el peligro alcanzaba la posibilidad de que hubiera levantamientos armados. En este sentido el primer paso necesario fue la reorganización del ejército, reorganización que, iniciada desde 1926, tuvo por objeto controlar el poder de los militares. Empero, la verdadera institucionalización de las fuerzas castrenses sólo podía producirse en un ambiente institucionalizador más amplio, por lo que el surgimiento del Partido Nacional Revolucionario fue determinante.

La burocratización de los sectores políticos y castrenses ocurrió durante el periodo 1928-1935, conocido por eso como la etapa institucional. Es menester advertir, no obstante, que dichos logros, grandiosos en sí mismos, sólo sentaron las bases para el surgimiento de un México moderno, dejando su construcción como una posibilidad. Grandes fueron los logros, pero más grandes fueron las carencias, pues el pueblo no recibió beneficio alguno de la nueva estructura de poder.

Calles no ignoraba la fuerza política que podía emanar de los sectores populares, como bien lo prueba su alianza con Morones y con la CROM durante su periodo presidencial. Sin embargo, como acabamos de señalar, la lucha del sistema político a partir de 1928 fue por sobrevivir, y para ello sólo hubo tiempo de atacar lo más urgente: el problema de la fragmentación del poder político.

Resumiendo, durante el *Maximato*, momento en el que se gestó el cardenismo, se había logrado la institucionalización del personal armado y del grupo político, pero se había descuidado a los sectores masivos de la población. Y en este sentido, Lázaro Cárdenas, para lograr su postulación y más tarde para fortificar su presidencia, aprovechó la fuerza y la debilidad del *Maximato*. Para obtener la candidatura presidencial del PNR Cárdenas se apoyó no sólo en el prestigio que tenía dentro del ejército institucionalizado, sino también en el poder que derivó de los agraristas a quienes representaba. Y en su triunfo sobre la jefatura máxima utilizó, además de lo mencionado, la fuerza de las agrupaciones obreras con las que se había aliado desde su campaña presidencial, así como la disciplina del sector político institucionalizado. De hecho, Cárdenas amplió a los sectores populares la institucionalización iniciada por Calles durante el *Maximato*. Podemos por tanto concluir que, en términos de métodos para obtener poder, el cardenismo fue un callismo ensanchado.

La primera pregunta que surge de la anterior exposición es cómo fue posible que Calles desconociese la fuerza acumulada por Cárdenas y no sólo aceptara, sino favoreciera, la candidatura de quien difícilmente le sería sumiso. La respuesta radica en que Cárdenas había logrado un poder personal que no le era desconocido a Calles, quien sentía que dicho poder no era una amenaza porque había nacido como resultado de la lucha de Cárdenas con los opositores del sistema y en apoyo de las políticas básicas del callismo.

La posición cardenista representaba, a los ojos de Calles, una fuerza comprobadamente leal. Dentro del ejército había destacado como un exponente perfecto de la institucionalización del grupo castrense. Su actuación como militar fue intachable en el respaldo brindado al gobierno constituido, mostrando además eficacia en su participación. En lo referente a la disciplina que como militar debía a las autoridades políticas siempre mantuvo una actitud de respeto y sumisión. Su postura institucional fue tan perfecta que en la época en que Cárdenas fue presidente del comité ejecutivo nacional del PNR llegó a irritar a Calles, ya que, por disciplina y lealtad, jamás propició o coadyuvó a los esfuerzos de los grupos callistas por limitar y minimizar el poder del presidente Ortiz Rubio. Cárdenas fue castigado y se disciplinó, pues al poco tiempo de abandonar la jefatura del partido ocupó el puesto de jefe de operaciones militares en una comandancia del estado de Puebla. Como secretario de Guerra acató las órdenes de Calles y desarmó al grupo agrarista de Tejeda, del que había sido aliado.

En el campo agrario, de donde emanó su mayor fuerza política, logró representar “el justo medio”. Para Calles el agrarismo cardenista era aceptable en tanto había logrado acabar, a nivel nacional, con el agrarismo radical de los veracruzanos, punto donde había fracasado el PNR.

La fuerza que Cárdenas logró adquirir con su participación en los conflictos agrarios del *Maximato* fue, en nuestro parecer, la base sobre la que cimentó su candidatura y más tarde su actuación política. Por ello, consideramos conveniente hacer un breve resumen de lo expuesto sobre esa materia en los capítulos anteriores.

### *La fuerza de Cárdenas: los campesinos*

La tercera década de este siglo arribó sin que el campesinado, hacedor de la Revolución, hubiese empezado a percibir los beneficios que su participación en el cambio político debería haberle brindado. Quince años después de que la ley del 6 de enero de 1915 había sido decretada, los ejidos apenas constituían el 0.7% del total de las propiedades;

el 99.3% restante correspondía a fincas privadas. De hecho, el 99.6% del valor de la tierra estaba en manos privadas.<sup>118</sup>

Hasta 1929, momento en que Portes Gil fue presidente, el reparto agrario había sido mínimo. Portes Gil gobernó sólo catorce meses, pero en ellos repartió más del doble de tierra que sus antecesores en cualquier otro año.

Calles no pensó que la reforma agraria ejecutada durante el régimen del presidente provisional pudiese ser demasiado grave para lo que concebía como la modernización del sistema agrario, debido a la brevedad del gobierno de Portes Gil.

En efecto, al terminar ese régimen e iniciarse el de Pascual Ortiz Rubio pronto quedó claro, con la expedición de “Las Leyes Restrictivas” de 1930, que el reparto de tierras había terminado. Ortiz Rubio frenó este movimiento para llevarlo a un paro casi total, provocando el descontento de los campesinos, quienes ya habían experimentado el beneficio que para su causa había representado un presidente agrarista.

La suspensión del reparto agrario, aunado a la crisis económica que se vivía en ese momento como resultado de la gran depresión de 1929, hizo profundamente angustiante la situación del campesinado.

La búsqueda de la coordinación de los esfuerzos agraristas en los diferentes estados se había iniciado desde 1925, cuando se efectuó el primer congreso de las ligas agrarias. Y desde luego algo se había avanzado en ese camino con la formación de la Liga Nacional Campesina. Sin embargo, la coordinación entre esta liga y la política gubernamental era imposible, porque los principales líderes de esa organización agraria estaban identificados con las corrientes ideológicas socialista y comunista.

De hecho, a través del PNR se instrumentó un esfuerzo del gobierno para marginar a esos líderes comunistas, entre los que destacaba el veracruzano Úrsulo Galván, y para conseguir que dicha liga fuese absorbida por el nuevo partido. En 1930, el PNR logró dividir a la central campesina en tres grupos: uno que ingresó al PNR, otro pequeño que se alió al partido comunista y el mayoritario que siguió fiel a Úrsulo Galván. Sin embargo, ninguna de las tres partes salió beneficiada. La sección afiliada al PNR fue nulificada en su capacidad de acción, y la que se unió al partido comunista fue perseguida hasta que este partido fue proscrito. En cuanto al tercer grupo, el mayoritario, fue protegido por el gobernador de Veracruz, coronel Adalberto Tejeda, quien compartía las ideas avanzadas de Galván y había contribuido a la formación de la Liga Campesina del estado de Veracruz, antecesora de la misma Liga Nacional Campesina. No obstante, la

<sup>118</sup> Eyller Simpson, “El ejido: única salida para México”, *Problemas agrícolas e industriales de México*, v. IV, n. 4, octubre-diciembre de 1952, México, p. 108.

liga de Ursulo Galván quedó dividida en su siguiente convención, celebrada en 1930 en la ciudad de Puebla, donde se enfrentaron agraristas radicales y moderados representados por los grupos tejedista y cardenista respectivamente.<sup>119</sup>

Los exponentes del agrarismo moderado, entre los que se encontraban, además del propio Cárdenas, Portes Gil, Marte R. Gómez, Saturnino Cedillo y Luis L. León, habrían de llevarse la mejor parte.

Ahora bien, desde el punto de vista callista el triunfo del agrarismo moderado era conveniente, pues ofrecía una tercera alternativa. El control del PNR sobre el agrarismo había fracasado, y el agrarismo radical era totalmente inaceptable. El agrarismo moderado era la menos mala de las opciones reales, además de que estaba, según Calles, organizado en torno a quienes habían mostrado disciplina a la jefatura máxima.

Ante el sector campesino se abría al fin la posibilidad de que sus representantes fuesen escuchados por el gobierno, e incluso de que formasen parte de los cuadros dirigentes.

El gobierno deseaba destruir el agrarismo radical, ya que su sola existencia implicaba un riesgo que pudiendo eliminar era absurdo dejar crecer. Y a Cárdenas no le disgustaba esta destrucción, pues lo dejaría claramente como el único líder agrario con fuerza.

El epílogo no se hizo esperar. Cárdenas, como secretario de Guerra y obedeciendo “órdenes superiores”, procedió a desarmar a los campesinos veracruzanos. Así, la base del tejedismo fue rota en su espina dorsal. El cardenismo quedó como dueño del campo agrario, y Cárdenas preparó su nominación.

El triunfo del agrarismo moderado obligó al gobierno a reconocer lo insostenible de su posición, ya que su política agraria se fundaba en la premisa de que la reforma agraria había sido un éxito, pero por falta de solicitudes de parte de los campesinos había concluido.

Al caer el gobierno de Ortiz Rubio hubo la posibilidad de modificar la política nacional agraria, pues fue mucho lo aprendido durante ese periodo. Fue evidente que la actitud antiagrarista del centro había sido combatida en algunos estados —particularmente en Veracruz— con una política agrarista local, creando con ello un baluarte más para la descentralización política.

Así pues, Abelardo Rodríguez dio en el terreno agrario, como en tantos otros, un giro frente a la política ortizrrubista. Durante su gobierno permitió el desarrollo de un grupo “agrarista” dentro del Congreso de la Unión, el cual sostuvo, dentro del recinto parlamentario, la actitud necesaria para que en julio de 1933 se nulificaran las famosas “leyes restrictivas” que dieron por terminada la reforma agraria en muchos estados. Estos legisladores serían el apoyo de Cárdenas dentro

<sup>119</sup> Falcón, *op. cit.*, p. 95-103.

de las cámaras, al promover en ellas la precandidatura presidencial del michoacano.

La explicación de este cambio en la política agraria nacional se encuentra en el esfuerzo desarrollado por el gobierno federal para ganar el favor de los campesinos de los “estados agraristas”, y con ello acabar con la autonomía política de éstos.

No olvidemos que la prioridad fundamental en la política del *Maximato* fue la centralización del poder.

La precandidatura de Cárdenas cuajaba con esta política, ya que él representaba a un funcionario que, si bien tenía gran arraigo en su estado, era destacado miembro de la élite callista y había trabajado para formar un estado nacional.

### *La precandidatura*

Los primeros pronunciamientos a favor de la precandidatura de Lázaro Cárdenas se hicieron precisamente por los otros miembros del grupo moderado en el aspecto agrario. Emilio Portes Gil nos relata cómo, después de consultar a sus líderes, las ligas de comunidades agrarias de los estados de San Luis Potosí, Tamaulipas, México, Chihuahua y Tlaxcala, publicaron el 3 de mayo de 1933 un manifiesto en que apoyaban la precandidatura de Cárdenas e instaban a los otros grupos del sector campesino a unírseles, para presentar un frente unido en la contienda electoral y, de esta forma, hacer valer sus derechos para la solución de los verdaderos problemas del país. Su invitación la dirigían, fundamentalmente, a la Liga Nacional Campesina “Úrsulo Galván”.

A fines de ese mismo mes de mayo de 1933 quedó constituida para tal fin la Confederación Campesina Mexicana, a la que se adhirieron políticos tan destacados como Saturnino Cedillo y Gonzalo N. Santos, de San Luis Potosí; Marte R. Gómez y Emilio Portes Gil, de Tamaulipas. Esta central fue fundada por las ligas de comunidades agrarias de Chihuahua, Michoacán, San Luis Potosí y Tamaulipas; más tarde pasaron a engrosar sus filas las de México y Tlaxcala. El único grupo importante que no se le unió fue, como era de esperarse, la Liga Nacional Campesina tejedista.<sup>120</sup>

El apoyo recibido por Cárdenas provino de los diferentes sectores agrarios: lo mismo de nuevos líderes agraristas como el profesor Graciano Sánchez, que sería uno de los principales actores de esta nueva central y quien se había distinguido en los años duros de la con-

<sup>120</sup> Moisés González Navarro, *La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la Reforma Agraria Mexicana*, México, Costa Amic Editor, 1968, p. 135-136.



trarreforma agraria por hacer una defensa en favor del ejido, que de los líderes de vieja cuña como Gildardo Magaña, antiguo colaborador y sucesor de Zapata y, en esa época, comandante militar del estado de Puebla.<sup>121</sup>

Hacia mediados de 1933 la precandidatura de Cárdenas sonaba mucho, y empezó a recibir el respaldo de otros grupos. Para ese entonces ya era evidente que el rival de Cárdenas por la nominación del PNR sería Manuel Pérez Treviño, y que también se perfilaba la candidatura independiente de Adalberto Tejeda.

Cárdenas representaba la posición intermedia entre los contendientes, ya que Pérez Treviño, callista puro, era el candidato conservador, en tanto que Tejeda era el radical.

La candidatura de Tejeda tenía poca o ninguna posibilidad de éxito, por lo que el panorama se redujo a los precandidatos del PNR. Dentro de las filas del PNR se inclinaron por Cárdenas quienes se sentían “de izquierda dentro del Partido”, así como quienes estaban cansados o se sentían oprimidos por el prolongado control del grupo Sonora-Sinaloa. Pérez Treviño pertenecía a ese grupo, por lo que su triunfo hubiera implicado poco movimiento dentro de la élite hegemónica. Ya señalamos en las páginas anteriores que la necesidad de cambio y revigorización del grupúsculo en el poder fue percibida incluso por el mismo Calles, quien para satisfacerla propició la reincorporación del principio de no reelección y la membresía individual como forma de asociación al PNR. Pero también señalamos que ese aperturismo se había quedado corto para la inquietud del momento.

No cabe duda de que quienes buscaban mayor movilidad en las altas esferas del gobierno y del partido favorecieron a Cárdenas. De aquí que gobernadores, diputados y funcionarios se pronunciasen en gran número por la candidatura del michoacano.

El ejército se identificaba más con Cárdenas que con Pérez Treviño, pues el primero había participado en más actos de armas que el segundo, y ello le había granjeado la lealtad y admiración de las tropas. Su gestión como secretario de Guerra hacía suponer que sería capaz de entender los problemas de los militares, quienes se sentían fuertemente identificados con él. En cambio Pérez Treviño, a pesar de ser general, lo había sido más de escritorio que de tropa, y no gozaba de tanto prestigio en el sector castrense.

La balanza se inclinó del lado de Cárdenas. El mismo Pérez Treviño comprendió que su grupo se desbandaba en favor de su rival, por lo que prefirió —o Calles prefirió por él— retirar su precandidatura a fin de evitar divisiones en el seno del PNR.<sup>122</sup>

<sup>121</sup> Guerrit Huizer, *La lucha campesina en México*, México, Centro de Investigaciones Agrarias, 1970, p. 60.

<sup>122</sup> *Excelsior*, 8 de junio de 1933.



La candidatura de Lázaro Cárdenas se convirtió en un hecho en diciembre de 1933. Hasta ese momento el michoacano se había conducido con discreción y cautela, ya que la oposición de Calles hubiese podido frustrar sus ambiciones presidenciales. Durante la precandidatura Cárdenas actuó como si estuviese dispuesto a acatar, eternamente, las órdenes del jefe máximo.

Calles seguramente prefería la candidatura de Pérez Treviño, que no tenía otro apoyo que su acendrado callismo, pues su debilidad implicaba que se le sometería totalmente. Empero, las cosas tomaron otro rumbo, desde luego sin que ello asustase o sorprendiese demasiado al “jefe máximo”, quien consideraba que con mantener unido al PNR tenía el instrumento para controlar al poder ejecutivo.

### *El plan sexenal*

Calles no era un hombre confiado, así que decidió sentar, desde que se hizo oficial la precandidatura de Cárdenas, los lineamientos básicos sobre los que debería marchar el siguiente periodo administrativo. La formulación de un programa de gobierno tenía por objeto estrechar las posibilidades de acción de Cárdenas, sujetándolo a la continuación de la política del *Maximato*.

Los preparativos para formular el programa de gobierno, que según orientación expresa del jefe máximo debería ser “detallado”, se iniciaron desde julio de 1933. Tanto la comisión de programa de gobierno como las comisiones técnicas organizadas para auxiliar a la primera estuvieron compuestas por callistas. Es interesante hacer notar que para presidir esta comisión se nombró al mismísimo Manuel Pérez Treviño, quien, según algunos legisladores, presionó para impedir que los cardenistas tuviesen cabida en la formulación del llamado Plan Sexenal.

El plan se elaboró siguiendo las inclinaciones y tendencias propias del callismo. Cárdenas permaneció inmutable ante la manera como se elaboró el documento, ya que en esos momentos orientaba todos sus esfuerzos a consolidar el apoyo de los campesinos y atraer el de los obreros. Sabía que la aplicación del plan sería una prueba de fuerzas a la que tenía que llegar con su poder efectivo.

El plan distaba de ser radical, lo que fácilmente evidenciaba su posición frente al problema agrario, el cual se resolvía de acuerdo a las viejas ideas de “los veteranos”, a saber, convertir al campesinado en granjeros con iniciativa capitalista. El plan afirmaba que se continuaría con la sdotaciones y restituciones de tierra, sólo que ello no era una prioridad fundamental, ya que se especificaba que el campesinado que no pudiera alcanzar tierra volvería a su antiguo papel como asalariado del campo, caso en el que se propugnaría por el

“estricto cumplimiento de las disposiciones concernientes de la Ley Federal del Trabajo”.<sup>123</sup>

Cabe señalar, sin embargo, que en diciembre de 1933, durante la Segunda Convención Nacional del PNR, convención en la que por cierto se postuló la candidatura de Cárdenas, uno de los líderes de la Confederación Campesina Mexicana y distinguido defensor de la política ejidal, el profesor Graciano Sánchez, hizo una intervención que a la postre significaría un triunfo para los agraristas que estaban impulsando a Cárdenas.

En su discurso ante la asamblea, Graciano Sánchez subrayó la necesidad de solucionar la cuestión agraria. Hizo críticas directas contra la política agraria del maximato, y acusó a los funcionarios encargados del reparto agrario de estar coludidos con los latifundistas. Señaló que la reforma agraria distaba de ser un éxito acabado, como hasta entonces se la presentaba, ya que el campesino continuaba viviendo en condiciones verdaderamente deplorables. Consideraba además que el reparto de tierras había sido un timo, pues sólo se habían entregado al campesino “cerros, llanos estériles, bosques improductivos y media hectárea de tierra arable”.<sup>124</sup>

La actitud de Sánchez marca el inicio de un cambio en la política nacional, porque sus palabras no sólo trascendieron el ámbito del partido mismo, sino que, más sorprendente aún, fueron causa de reformas en la formulación final del Plan Sexenal, lo que significó un triunfo importante para el ala cardenista. Cárdenas había esperado su postulación oficial como candidato presidencial del PNR para dar su primer golpe, y comenzar su campaña presidencial como un auténtico agrarista.

Durante su campaña, Cárdenas habló de la necesidad de armar a los campesinos:

...entregaré a los campesinos el mausser con el que hicieron la revolución para que la defiendan, para que defiendan el ejido y la escuela, empeñando mi honor de ciudadano, mi palabra de militar y mi fe de revolucionario, de que ustedes no harán mal uso de esas armas.<sup>125</sup>

No fue Cárdenas la excepción al no emplear la fuerza que emanaba de los campesinos armados para solucionar las crisis del grupo revolucionario. De hecho, los campesinos fueron armados y desarmados al ritmo de esas crisis. Cárdenas los utilizó para impulsar su programa y

<sup>123</sup> Proyecto del Plan Sexenal en *El Nacional*, 3 de diciembre de 1933.

<sup>124</sup> *El Universal*, 6 de diciembre de 1933, *apud*, López Villafañe, *op. cit.*, p. 183-185.

<sup>125</sup> *Excelsior*, 19 de mayo de 1934.

enfrentarse a los callistas, así que siempre contó con el apoyo irrestricto de las agrupaciones campesinas.

### *La campaña: los obreros*

El siguiente objetivo de Lázaro Cárdenas para consolidar su autoridad personal consistió en atraer al sector obrero, ya que necesitaba de esa fuente de poder para poner en práctica más eficientemente sus políticas reformistas.

Desde la alianza de Calles con los obregonistas, en 1928, la política obrera quedó dissociada del gobierno y abandonada a su propio esfuerzo. La separación de la CROM después de haber sido organización privilegiada del gobierno propició la desintegración de la fuerza política de los obreros, entre otras cosas porque el mismo gobierno alentó el surgimiento de diversas agrupaciones encaminadas a destruir el poder, hasta entonces hegemónico, de la CROM.

El desmembramiento de la CROM fue rápido. Infinidad de sindicatos empezaron a retirarse de esa central para constituir nuevas organizaciones o fortalecer las ya existentes. Hay también que tener presente que Portes Gil, durante su gestión presidencial, contribuyó activamente a acelerar ese proceso porque su pleito con Luis N. Morones lo condujo a proteger cualquier organización obrera alejado de la CROM, aun a las radicales. Para 1932, la mitad de las agrupaciones ligadas a la central moronista la habían abandonado.<sup>126</sup>

Durante los años siguientes surgieron organizaciones como la Cámara Nacional del Trabajo, cuya orientación netamente callista llegó al grado de apoyar, años después, la precandidatura de Pérez Treviño, y la Confederación General de Trabajadores, de tendencia anarcosindicalista, que adquirió bastante fuerza en 1931, aunque por su actitud de permanecer al margen de los asuntos político-electorales se alió durante el *Maximato* con Calles y posteriormente con Cárdenas. La CROM misma, viéndose en dificultades, decidió eliminar a Morones para dar paso a “la CROM depurada”, de la que Vicente Lombardo Toledano fue su líder. En octubre de 1933 la CROM se desintegró para formar la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM), encabezada por el mismo Lombardo Toledano, quien fue uno de sus principales promotores.

No fue sino hasta el surgimiento de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México, en octubre de 1933, cuando se abrió la posibilidad de que los obreros ejercieran una fuerza política de cierto peso.

<sup>126</sup> Marjorie R. Clark, *Organized labor in Mexico*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1934, p. 66-69.

La fuerza obrera, que estaba ya latente y deseosa de tener nuevamente una presencia, pareció reactivarse con la campaña presidencial de Cárdenas, pues a partir de ese momento la CGOCM empezó a presionar al gobierno y, sobre todo, a convencer a otras organizaciones obreras de su radicalismo. En 1934 la Confederación General de Obreros y Campesinos de México promovió varias huelgas que, sin ser importantes, se convirtieron en preludio de lo que vendría más tarde bajo el amparo de la política cardenista.

### *La presidencia de Cárdenas: fin del Maximato*

Cuando Cárdenas llegó a la presidencia de la república el 1º de diciembre de 1934, contaba ya con el respaldo del sector obrero. Prueba de ello fue que el 29 de enero de 1935, es decir, a sólo dos meses de iniciado su régimen, convocó a un grupo de representantes de diversas agrupaciones obreras a una reunión en el Palacio Nacional, y les pidió su apoyo para llevar adelante una política obrera progresista que no contaba con mucha simpatía en ciertos círculos poderosos. Los obreros le dieron una respuesta afirmativa.<sup>127</sup>

A partir de ese momento el activismo obrero alcanzó extremos hasta entonces desconocidos, creando con ello un ambiente de gran tensión política. Los nuevos acontecimientos contrariaban la posición tanto de los empresarios como de muchos políticos conservadores.

Cárdenas continuó fortaleciendo al sector de los trabajadores. Al finalizar abril de 1934, una vez que demostró que tenía un interés real por las demandas obreras, el presidente convocó a una reunión a la que fueron invitados los líderes de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México, la Confederación Regional Obrero Mexicana, la Confederación General de Trabajadores, la Cámara Nacional del Trabajo, la Cámara Revolucionaria del Trabajo y el Sindicato de Ferrocarrileros de la República Mexicana, con el objeto de proponer la formación de una central obrera única. El intento resultó fallido, pero quedó claro el deseo del presidente de obtener el apoyo aliado de las organizaciones de trabajadores.<sup>128</sup>

Lo anterior contecía al mismo tiempo que estallaban por todo el país numerosas huelgas. La agitación alcanzaba extremos nunca antes vistos, pues los obreros no sólo “podían” hacer huelgas, sino que en la mayoría de los casos eran apoyados por el gobierno, quien fallaba a su favor.

Fue en esa atmósfera cuando el general Calles decidió intervenir. El

<sup>127</sup> Confederación Regional de Obreros Mexicanos. *Memoria 1934-1937 apud*, Meyer, Lorenzo, *Movimiento obrero durante el maximato*, [manuscrito], p. 111.

<sup>128</sup> *Ibidem*.

11 de junio de 1935 condenó públicamente las acciones del sector obrero, señalando que sus constantes huelgas, muchas de ellas sin justificación, habían llevado al país a una situación insostenible. Denunció también la división que se estaba gestando dentro del PNR por la irresponsabilidad de los malos líderes obreros, dejando así al presidente una salida para que retrocediera en sus acciones políticas.<sup>129</sup>

Los empresarios manifestaron su pleno apoyo a lo expresado por Calles. De no detenerse la corriente radical, dijeron, México iba a perder la oportunidad de desarrollarse y llegar a sacudirse el yugo del colonialismo económico.<sup>130</sup>

La presión del jefe máximo se articuló a través del PNR. La comisión permanente de Congreso de la Unión felicitó a Calles por sus patrióticas declaraciones, y lo mismo hicieron el Bloque Nacional Revolucionario de senadores y la mayoría de los diputados. El mencionado bloque condenó enérgicamente la actitud del grupo titulado ala izquierda por pretender dividir a la cámara en dos sectores. El ala izquierda intentó defenderse diciendo que adoptaba una postura ideológica, no personalista, pero tuvo que justificarse explicando que no tenía “la autoridad moral para discutir las admoniciones lanzadas por el general Calles en contra de las organizaciones obreras”, por lo que sólo discrepaba respetuosamente de la opinión del jefe máximo de la Revolución.<sup>131</sup>

Como vemos el momento era crítico, y lo era porque Calles era todavía el que accionaba el instrumental partidista. Mas Cárdenas, creador de su propio poder político fuera del sector propiamente político o burocrático, pudo oponer una fuerza que, por el número de quienes lo respaldaban, resultó invencible.

El 14 de junio, un día antes de la reestructuración del gobierno y de la depuración de los elementos callistas que estaban en él, Cárdenas respondió a las acusaciones callistas. Apoyó al movimiento obrero, considerando las huelgas como:

...la consecuencia del acomodamiento de los intereses representados por los dos factores de la producción, y que si causan algún malestar y aún lesionan momentáneamente la economía del país, resueltos razonablemente y dentro de un espíritu de equidad y de justicia social, contribuyen con el tiempo a hacer más sólida la situación económica.<sup>132</sup>

<sup>129</sup> Tzui Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, México, Siglo XXI Editores, 1972, p. 67.

<sup>130</sup> Editorial en *El Porvenir* de Monterrey, 14 de junio de 1935, *apud*, Meyer, Lorenzo, *op. cit.*, p. 115.

<sup>131</sup> *Excelsior*, 14 de junio de 1935, *apud*, Medin, *op. cit.*, p. 68.

<sup>132</sup> *El Nacional Revolucionario*, 14 de junio de 1935, *apud*, Medin, *op. cit.*, p. 69.

Cárdenas añadió que llevaría adelante el Plan Sexenal sin importarle la alarma de los representantes del capitalismo. Atacó también a quienes dentro del partido lo traicionaban, rompiendo con ello el mito de “la unidad partidista”.<sup>133</sup>

Empero, lo verdaderamente trascendente de las declaraciones de Cárdenas fue que recordó su posición como presidente constitucional del país, así como su capacidad para obrar con toda decisión y estar a la altura de su responsabilidad.

No cabe duda de que la actitud de firmeza de Cárdenas fue determinante, aunque es menester tener presente que dicha actitud era consecuencia de la fuerza política que le habían dado los obreros y campesinos al reconocerlo como líder. Este apoyo no era tácito. Por el contrario, inmediatamente después de las acusaciones de Calles numerosos sindicatos obreros se reunieron para publicar una declaración, conocida como *Respuesta de los trabajadores a P. E. Calles*, en la que se oponían a las declaraciones de éste y manifestaban que defenderían sus derechos con todos los medios a su alcance. Una postura similar fue adoptada por la Confederación Campesina Mexicana.

El viraje se había llevado a cabo; la estructura política del *Maximato* cedió ante el peso de una nueva avalancha de poder. Es sin embargo importante hacer notar que la estructura cedió para ampliarse, no para desaparecer. Los logros políticos del maximato —la institucionalización del ejército y del grupo político— no serían desaprovechados por el cardenismo, sino completados al incorporar la institucionalización de los sectores populares como la base donde erigir un poder político hegemónico.

Estos cambios se consagraron cuando el PNR fue reformado para convertirse en el Partido de la Revolución Mexicana, es decir, cuando se le incorporaron institucionalmente los sectores populares. Pero el momento crucial, cuando auténticamente se rompió el equilibrio del PNR, correspondió al periodo de enfrentamiento de Calles con Cárdenas y al triunfo de este último.

El hecho de que Cárdenas consiguiera el apoyo popular en aquellos momentos fue lo que le permitió depurar su gabinete de elementos callistas, incluyendo al mismo jefe máximo.

El antiguo grupo político, partidista por excelencia, sintió en su propio seno —el Congreso de la Unión y las diferentes oficinas o congresos locales— la superficialidad de su poder, pues se hizo evidente que su control era más de forma que de fondo. El PNR, incomparable instrumento de la política seguida por Calles, funcionó eficientemente mientras el país careció de otro tipo de fuerzas políticas, es decir, mientras la desorganización de obreros y campesinos permitió

<sup>133</sup> *Ibidem.*



al “jefe máximo” ejercer la exclusividad o el monopolio de las decisiones políticas.

La organización de los obreros y campesinos en torno a la candidatura y luego a la presidencia de Cárdenas cambió el epicentro del poder, y obligó al PNR a tomar un nuevo lugar en la escena, esta vez como un instrumento político-electoral, sin llegar a ser un auténtico partido político con arraigo en el pueblo.

Cárdenas concentró el poder real necesario para presionar a la maquinaria político-burocrática e inclinarse y seguirlo, creando con ello un presidencialismo feroz.

La maquinaria política, precisamente por ser burocrática y disciplinada, cedió sin presentar resistencia alguna. En septiembre de 1935, sólo tres meses después del enfrentamiento entre Cárdenas y Calles, los diputados y senadores desatendían el llamado del jefe máximo, criticaban ahora al maximato y ofrecían su colaboración al régimen cardenista.

En esas condiciones la eliminación del mismo Calles y de su grupúsculo leal no fue difícil: se logró cuando éste, poco después, intentó agredir de nuevo al gobierno. Finalmente, el 10 de abril de 1936, Calles fue expulsado del país.